

ALGUNAS REFLEXIONES SOBRE LA NUEVA HISTORIOGRAFÍA A PROPÓSITO DE LA PRESENTACIÓN DE LA "HISTORIA DE CÓRDOBA" DEL PROF. ENRIQUE AGUILAR GAVILÁN

JUAN FRANCISCO RODRÍGUEZ NEILA
ACADÉMICO CORRESPONDIENTE

No hace muchos meses un buen amigo, Eleonor Domínguez, director de Ediciones Sílex de Madrid, que tuvo a bien publicar en 1992 con todo cuidado mi libro "Confidentes de César. Los Balbos de Cádiz", presentado poco después en el Salón de Columnas de nuestro Rectorado, se dirigió nuevamente a mí para otro proyecto editorial. Tenía interés en realizar una "Historia de Córdoba", ciudad que siempre le ha seducido, y deseaba que me encargara de ello. Compromisos contraídos anteriormente me impidieron atender su amable ofrecimiento como hubiera sido mi deseo, pero el reto quedó en buenas manos, ya que de inmediato me di cuenta que tenía muy cerca a quien, por su acreditado conocimiento de la historia local y sus sentidas raíces en este terruño, era la persona adecuada para acometerlo, el Dr. Enrique Aguilar Gavilán, profesor de Historia Contemporánea de la Universidad cordobesa.

Creo que la obra que tengo hoy la satisfacción de presentar ante ustedes confirma plenamente el acierto de mi propuesta. Como creo, igualmente, que la labor del presentador de un libro, sobre todo de un libro de estas características, que condensa en pocas pero densísimas páginas la historia, que es lo mismo que decir la vida, de algo que ustedes aprecian sentimentalmente y perciben vitalmente día a día, su ciudad, no debe limitarse sólo a la enumeración fáctica de contenidos a los que ustedes pueden inmediatamente acceder con su lectura. Debe atisbar un poco las claves ideológicas que pueden explicar el sentido de una obra de esta índole en el momento presente, obra que no espera tanto respuesta del ámbito de los especialistas, como de un público, de un entorno social en suma, que se supone sensibilizado hacia sus raíces históricas.

Estamos a cinco años de la frontera del 2000 por delante, y hemos dejado por atrás los pocos decenios de renovación que ha experimentado la Historia como disciplina científica. Es quizás ahora, en la antesala del cambio de milenio, y en el contexto de una España democrática, cuando se impone una serena y objetiva reflexión sobre las luces y sombras de nuestra ya larga trayectoria histórica, una



Córdoba, 19 mayo 1995. Real Academia de Córdoba.

Acto de presentación del libro Historia de Córdoba, de D. Enrique Aguilar Gavilán.

Presidencia del acto.



Córdoba, 19 mayo 1995. Real Academia de Córdoba.

Acto de presentación del libro Historia de Córdoba, de D. Enrique Aguilar Gavilán.

Parte del público asistente.



Córdoba, 19 mayo 1995. Real Academia de Córdoba.

Acto de presentación del libro Historia de Córdoba, de D. Enrique Aguilar Gavilán.

Intervención del autor.

terapéutica meditación sobre las “filias” y “fobias” que han ido marcando nuestra percepción de los tiempos pasados. Nos encontramos en un momento de transformación, de dinamización en la forma de “hacer la Historia” por parte de los historiadores, y de “entender y valorar la Historia” por parte de la colectividad humana de la cual los profesionales de la Historia son, a fin de cuentas, hijos de su tiempo. Pero es igualmente ocasión para, más allá del “mare magnum” coyuntural, examinar con detenimiento qué sentido tiene hoy día la Historia, incluso qué “utilidad social”, en un pragmático mundo pleno de transformaciones, cara a la configuración de la nueva sociedad del tercer milenio, y cuál es el papel y responsabilidad que le corresponden al historiador ante una Humanidad impresionada y seducida por los valores tecnológicos.

Como tantas otras disciplinas científicas, también la Historia de España no ha podido sustraerse a los profundos cambios sufridos por nuestro país durante los últimos años. Nos encontramos en una fase de estimuladora renovación en cuanto a parámetros ideológicos, bases informativas y planteamientos metodológicos. A lo cual deberíamos añadir una “popularización” de esa Historia, una mayor perceptibilidad social hacia su conocimiento, divulgándose por diferentes conductos y niveles lo que durante mucho tiempo estuvo casi confinado en los anaqueles del conocimiento erudito. Tal es la coyuntura que explica actos como el que hoy nos convoca en el espléndido marco de un lugar con historia, nuestra Real Academia, y que da sentido a la presencia de ustedes en torno a un historiador, el profesor Aguilar Gavilán, cuya obra busca responder a algunas interrogantes suscitadas en el seno de una sociedad acelerada hacia el futuro, pero que no quiere

perder de vista la realidad y el significado de sus orígenes.

En esta "revalorización social" de la Historia a la que hoy asistimos ha tenido mucho que ver la nueva trayectoria democrática española y la actuación de muchas instituciones, que han entendido y apoyado el papel que la Historia y los historiadores podían y debían tener en las nuevas singladuras emprendidas por nuestro país. La Historia es hija de su época, y cada época tiene su forma peculiar de abordarla, de examinar su pasado, como reflejo de sus inquietudes, escala de valores o planteamientos ideológicos. Pero ese deseo de recuperar una historia largo tiempo olvidada o premeditadamente menospreciada ha quedado también muchas veces atrapado en las redes de actitudes coyunturales, cuando no en consideraciones de mero oportunismo político o cultural, no respondiendo a un criterio firme y continuado, consciente de la importancia que tiene fomentar en nuestra sociedad una seria y sólidamente documentada conciencia de nuestras raíces históricas.

Efectivamente, los últimos años han asistido a una proliferación espectacular de los estudios sobre todas las épocas y niveles de la Historia de España. Es de destacar la incidencia que en ello han tenido las "conmemoraciones históricas", ampliamente resaltadas en los medios de comunicación, la cascada inagotable de cincuentenarios, centenarios, milenarios y demás jubileos, a veces nostálgicamente desmesurados y en los que se han invertido, por no decir dispendiados, grandes recursos económicos. Igualmente se han multiplicado congresos, simposios, coloquios, que han registrado una significativa presencia de especialistas de allende nuestras fronteras. Es este uno de los varios "síntomas" de la apertura internacional que nuestros estudios históricos han experimentado en los últimos años. Nuestro aislamiento pasado no lo ha sido sólo hacia tantos capítulos de nuestra Historia olvidados o desfigurados, sino hacia la propia renovación que la Historia como ciencia estaba experimentando fuera de nuestras fronteras. Un indicio más tanto de nuestras actitudes exclusivistas como de una insuperable carencia de medios. Hoy día este panorama está sensiblemente cambiando.

Otros indicios elocuentes de esa mayor sensibilización de nuestro entorno social hacia la labor historiográfica han sido el importante crecimiento de la cifra de investigadores que tanto en las universidades, como en otros centros de estudio, dedican sus afanes y energías a la Historia, así como la espectacular proliferación de publicaciones de todo tipo, que han acogido los estudios dedicados a nuestra Historia en todas sus dimensiones, empezando por la más elemental, ese "marco de sociabilidad" en el que todos desplegamos nuestros afanes cotidianos, y cuyas vicisitudes positivas o negativas sufrimos directamente en nuestra propia carne y en nuestro propio espíritu, la "ciudad". Un proceso en directa sintonía con la reactivación a escala municipal de un abanico de posibilidades orientadas a mejorar sustancialmente nuestro conocimiento histórico: inversión de recursos por parte de las instituciones locales para propiciar la investigación y publicación de resultados, mejora de archivos y museos, elaboración de catálogos documentales, publicación de fuentes, bases ineludibles para la reconstrucción de los procesos históricos y la clarificación de sus problemas. El primer nivel de la reactivación historiográfica ha sido, pues, el municipal. De todas estas estimulantes constataciones han sido partícipes tanto el autor como la obra que esta tarde

presentamos.

Pero con ser significativos los cambios que hemos señalado, la más trascendente metamorfosis en la elaboración de la Historia han sido las transformaciones cualitativas que la “maestra de la vida” ha experimentado. Es evidente que el auge de los nacionalismos, la nueva arquitectura estatal de las autonomías, el renovado interés por el ámbito de lo “municipal”, han impuesto su fuerza en la elección de los temas o en su replanteamiento, potenciándose la Historia local o regional. Estudios locales o regionales que suponen, es obvio decirlo, un nuevo enfoque de la construcción y vertebración de España, de su identidad pluriforme.

Pero es que, por añadidura, está siendo importante y significativa desde hace algunos años la mayor atención prestada hacia campos del estudio histórico antaño totalmente desatendidos. Y en esta nueva dimensión de nuestra disciplina no sólo ha ganado la Historia en sí, enriquecida con una innovadora y caleidoscópica pluralidad de perspectivas. Nos hemos beneficiado todos los que tenemos interés por la Historia, como una manifestación más de nuestro continuo afán por saberla, conocerla y, por qué no, disfrutarla.

Es lo mismo que ha pasado en otros lares culturales, por ejemplo la música. Hasta hace unos decenios el repertorio de un buen aficionado al Barroco se enclaustraba casi en Bach, Haendel, Vivaldi y poco más. Bach mismo era una frontera entre la “antigüedad” en la música y los nuevos horizontes del clasicismo. Ahora es el centro geométrico de un vasto mundo, de un extenso repertorio que desde las melodías de los trovadores y Minnesinger medievales, pasando por la polifonía renacentista, nos ha “redescubierto” a músicos prácticamente desconocidos hasta hace poco como Lalande, Campra, Schütz, Charpentier, Marais, los Gabrieli, Praetorius o Biber. Ese mismo proceso de “redescubrimiento” se ha dado igualmente respecto a muchos “sonidos”, muchas voces de la Historia, que han permanecido acallados durante siglos, pero que estaban ahí latentes, esperando, como la princesa del cuento, que una mano investigadora los despertara de su letargo.

La Historia no ha descubierto a los grandes hombres, ha descubierto al hombre como protagonista colectivo, se ha sensibilizado ahora respecto a sus mentalidades y comportamientos, a sus más significativas y esenciales actitudes. Y la “ciudad”, como “ser colectivo”, como cuerpo social en desarrollo, es uno de esos elementos gestadores de Historia que pueden ser individualmente estudiados, comprendidos y valorados en el contexto de los grandes procesos históricos. Este renovador posicionamiento ante el pasado evidencia una mayor receptividad hacia el “factor humano”, hacia las pequeñas y reiteradas historias de cada hombre en el conjunto de los hombres, hacia los diversos componentes sociales dinámicamente integrados en el tejido social, las que se han venido a llamar “realidades de larga duración”, con mucho peso específico en la Historia y poco ruido en las fuentes, que se proyectan con entidad más allá de las altisonantes coyunturas históricas. Ello ha sido propiciado, no conviene olvidarlo, por el avance de los ideales democráticos, que han generado una mayor focalización por parte de los historiadores hacia los movimientos de masas, los grupos sociales antaño marginados, los hechos socioeconómicos, los componentes ideológicos, las mentalidades, en suma, las sustanciales fuerzas motrices de la Historia.

La atención a esos otros campos permite conocer también que no es “toda la Historia” la que brindan las fuentes digamos “institucionales”, y más bien a menudo “institucionalizadas”, que tradicionalmente y en exceso han centrado el interés del historiador, por lo que se ha hecho imprescindible una nueva valorización y ampliación del concepto “documento”, ese proceso de conversión que hace el historiador sobre escritos u objetos largamente olvidados en museos, archivos o bibliotecas, pero que reviven en una nueva categoría, la de documentos históricos, cuando el investigador pone en ellos no sólo intenciones meramente acumulativas, sino sobre todo nuevas herramientas de análisis y nuevos recursos metodológicos, obligándoles a responder a nuevas preguntas. Muchas de estas actuales posibilidades documentales han sido también tenidas en cuenta en el libro que presentamos.

Cuando buceamos en los más recónditos rincones de la Historia, nos vamos dando cuenta de que la verdadera Historia no es muchas veces aquella que parece “predeterminada” desde las instancias oficiales a base de leyes, códigos, fueros, tratados, guerras, etc., sino la que verdaderamente obedece a y es consecuencia de la realidad de los cambios históricos, de los que toda la Humanidad, no sólo una elitista parte, es protagonista. Para asumir esta ineludible realidad ha sido preciso, igualmente, dar otro decisivo paso en la nueva configuración de nuestra Historia, superando ciertas visiones poco objetivas por desfasadas o tergiversadoras de la verdadera realidad histórica. Hoy día, para el auténtico historiador no puede haber ya problemas y cuestiones malditos, grupos sociales execrables, hechos históricos y herencias ancestrales anatematizadas con el olvido, el desprecio o la desfiguración. En el vasto campo de nuestra Historia de España podemos recoger ahora el resultado ciertamente elocuente de una evolución en el tratamiento de los temas históricos que, consolidada sobre todo a partir de los sesenta con más dosis de liberalismo, desapasionamiento y solidez documental, ofrece hoy día, salvo excepciones, una alta madurez y una desintoxicadora superación de viejos tabúes.

Se han reivindicado parcelas desestimadas, ocultadas, cuando no claramente despreciadas, de nuestra Historia más lejana o, sobre todo, más cercana. El historiador apasionado ya sólo debe tener una sola pasión, buscar la verdad, esa verdad que como dijo San Juan, hace libres, y que libera igualmente a las generaciones pretéritas del aherrojamiento de nuestros prejuicios, nuestros complejos de superioridad, nuestra visión temporal de las cosas. Como afirmó el tratadista romano Plinio, “un día juzga a otro y el último los juzga a todos”. El historiador representa a una generación que enjuicia a otras generaciones pasadas, debiendo hacerlo *sine ira et studio*, como en este libro se hace. Es precisamente ese juicio de cada generación sobre el ayer lo que determina la renovación constante de la Historia como ciencia. No somos mejores ni peores para juzgar, solamente somos ese último día que juzga según sus parámetros ideológicos y su escala de valores los hechos pasados, pero que tendrá también que sentarse ante el tribunal de la Historia para ser a su vez juzgado por las generaciones futuras.

Con estas consideraciones previas creo que puede entenderse mejor el sentido que ahora tiene escribir la Historia de una ciudad como Córdoba que, al margen de su rica y, por ello, valga la expresión, “historiable” Historia, también ha echado su cuarto a espadas en este proceso de renovación historiográfica al que

he hecho referencia, siendo epicentro de numerosos congresos y coloquios de Historia de Andalucía, en los que el profesor Aguilar Gavilán ha tenido participación activa.

¿Por qué escribir la Historia de una ciudad? Sencillamente porque es el marco elemental en el que el hombre como hombre, las colectividades como colectividades, se sienten más directamente realizadas. Esto es una revelación muy antigua. La quintaesencia de la “polis” griega, de ese descubrimiento decisivo que nos dejaron los griegos, no fue tanto su entidad espacial como el singular concepto de comunidad, de corresponsabilidad del grupo humano. La “polis” era “polis” porque permitía a ese ser que Aristóteles definía como “zoon politikon”, como animal político, y no me malinterpreten en el momento agitado en que nos encontramos, le permitía digo desarrollar sus virtualidades como tal. Así mismo, tal como los romanos veían el mundo organizado, su estructura tenía un principio elemental, la ciudad. Los grandes caudillos y conquistadores de la Antigüedad fueron grandes fundadores de ciudades a las que dieron su nombre, desde Alejandro a Augusto, desde Rómulo a Trajano. Para los romanos la “ciudad” gozó de cierta superioridad ideológica, expresada en todo un código de representaciones ideales o materiales (leyendas de fundación, nombre y títulos, hechos históricos, retícula monumental) que contribuían a modelar su personalidad.

Es curioso, sin embargo, que ningún historiador antiguo se sintiera estimulado para hacer la Historia de una gran ciudad al menos. Ni siquiera la tuvo la gran Roma estrictamente como “ciudad”, pues en las visiones historiográficas de un Tito Livio o un Polibio Roma fue una ciudad con un designio, y ese designio no lo fue tanto adquirir su propio desarrollo biológico dentro de una medida “política”, como transformarse en la capital de un mundo complejo y variopinto destinado por los dioses a ser regido desde las orillas del Tíber. La Historia del mundo había acabado por ser su propia Historia, y ésta era la única que se creía digna de ser narrada para asombro de generaciones futuras. Tampoco nadie escribió la Historia de Atenas, sino la de una Grecia conducida política y culturalmente por la luminaria de la Hélade.

Para nosotros, sin embargo, historiar la vida de una ciudad tiene un sentido, y mucho más si se trata de reescribir y reinterpretar la de una ciudad como Córdoba. Y por muchas razones. Por su propia riqueza documental, que permite recuperar periódicamente nuevos destellos de sus viejas grandezas y miserias. Por haber asumido “singularidades” históricas muy definidas que han motivado un gran protagonismo en momentos determinados, entrecruzándose en su suelo fenómenos culturales decisivos; porque algunas de sus etapas históricas son referentes incuestionables en la Historia de España; porque esa Historia ha dejado profunda huella en un patrimonio histórico, artístico y arqueológico que revitaliza en cada generación el ansia de nuevos conocimientos desde sus posibilidades investigadoras y perspectivas ideológicas; porque nuestra disciplina ha logrado progresos metodológicos y técnicos que permiten no sólo avanzar en el conocimiento y valoración de nuevos documentos, sino en el análisis de todo lo conocido bajo innovadores esquemas ideológicos y conceptuales. Cada generación tiene su propia “visión de la Historia”, aunque ninguna puede alcanzar el conocimiento absoluto de la misma.

Por añadidura, estimo que reconsiderar periódicamente la Historia de Córdoba nos puede retribuir no de una sino de múltiples formas: el compromiso que nos obliga hacia la memoria de las generaciones pasadas, que no pueden ni deben haber pasado por la Historia para sumirse en la más remota ignorancia; la reflexión enriquecedora sobre el pasado de una parte de la Humanidad con la que nos sentimos especialmente conectados, como parte de nuestra personal meditación sobre lo que ha sido, es y puede llegar a ser la condición humana, su capacidad de superación; la responsabilidad educativa, pues la opinión pública debe ser sensibilizada de que conocer y amar la Historia exige conservar todo lo que como legado sirve para profundizar en ella, en la conciencia de que sólo sabiendo respetar y valorar lo que fue y a quienes fueron, podemos hacernos acreedores del respeto de las generaciones futuras hacia lo que nosotros hoy somos.

Y finalmente, la autoafirmación de identidad cultural que toda colectividad reivindica y atesora como componente esencial de su "pedigree" histórico; la actualización del conocimiento histórico como factor reactivante de una investigación que, enriqueciendo nuestro conocimiento del pasado, testimonia ante las generaciones futuras nuestra propia sensibilidad cultural; la respuesta a una demanda social de conocimiento histórico. Así como todo hombre, cuando sus orígenes se sumen en la sombra, busca una respuesta a sus ¿quién sabe dónde?, también el historiador debe responder a tantos ¿quién sabe cuándo? Es significativo que hoy, cuando rompemos con tantos estereotipos, usos consagrados, moldes de conducta tradicionales, se revitalice el interés por no perder muchas de esas raíces que ya no nos sirven como determinantes de una conducta colectiva que se adapta al ritmo de los nuevos tiempos, pero sí nos sirven como referentes para no perdernos y sí identificarnos dentro de la vorágine de la Historia.

A fin de cuentas, algo de especialmente valioso debe tener la historia de esta ciudad cuando ha sido bendecida con tantas *laudes* bibliográficas. Me limitaré a algunos ejemplos de la época que mejor conozco y de allende nuestras fronteras: una historia de la Córdoba romana publicada en la Universidad norteamericana de Berkeley, el más completo libro sobre Osio publicado en Washington, o uno de los más conocidos estudios sobre Séneca el Viejo obra de Griffith. Y es que, como los grandes hombres tienen muchos biógrafos que, seducidos por el personaje, y motivados por su ámbito histórico-cultural, recomponen su arco vital desde diferentes latitudes y perfiles, así también las grandes ciudades que han enseñoreado la Historia han atraído multitud de cronistas. Toda biografía humana es la reconstrucción de un proceso, en este caso ceñido por dos límites biológicos, nacimiento y muerte. Pero en la biografía de ciudades como la nuestra el "viaje histórico" no está culminado, ese ser colectivo continúa su existencia, y cada nuevo biógrafo deberá acabar su historia meditando sobre el futuro del ser biografado, un futuro que a veces puede vislumbrarse en ciertos rasgos de su más reciente historia. Ciudades como Córdoba no son hijas de un tiempo, ni de una civilización, sobreviven a esas mismas civilizaciones que las han ido marcando con su huella para luego fenecer. Y cada tiempo marca una hora de reconsideración del pasado y de expectante reflexión sobre el futuro.

En una de esas horas estamos ahora, y a ella corresponde la obra que hoy nos convoca. Escribir Historia es una situación trilogía, un encuentro triangular en

cuyos vértices se sitúan respectivamente el autor del conocimiento, el objeto del conocimiento, en este caso la "ciudad", y el conocimiento elaborado en sí mismo, la obra escrita. Empezaré por el autor, porque es la paciente labor del historiador la puerta que abre ante nuestros ojos la visión de mundos pretéritos. Hoy día al historiador no sólo se le exige ser un profesional concienzudo, con una aquilatada puesta al día en metodología y conocimientos pluridisciplinarios, con afinadas dotes de análisis y síntesis. Como ser humano, además de como profesional, el historiador tiene que ser más que nunca solidario. Y quien elabora una Historia local debe serlo aún más con el más directo entorno social en el que vive. No puede ser un aventurero solitario en el inmenso mar de la Historia que, cual visitante desocupado en las salas de un museo, se va deteniendo aquí o allá según los objetos van despertando su curiosidad.

Está enraizado en un ambiente humano, que tiene sus peculiares perfiles sociales, políticos o ideológicos y sus propias herencias culturales. No camina aislado en la burbuja de sus conocimientos al encuentro de la pasada experiencia humana, sino que debe hacerlo como representante y testigo de una colectividad, en este caso un grupo social vinculado a un elemento de convivencia, como es la ciudad. Y debe hacer preguntas a ese pasado no sólo en función de sus personales inquietudes, como en nombre de aquellas otras que laten en el corazón de los hombres que le rodean. Su recompensa será ese acto de fé de la sociedad en sus historiadores, como acto de fé es también el conocimiento que el historiador pueda recuperar de la Historia otorgando su confianza a lo que haya podido comprender de lo que los documentos le revelan del pasado. Su compromiso, su grave y retador compromiso con las generaciones pasadas es saber que sólo puede haber conocimiento histórico y, por tanto, "salvación" de lo que aquellas fueron, para ser memoria en el futuro, de aquéllas que le es factible recrear en su mente, y ello es un proceso intelectual que exige preparación, pero que al mismo tiempo implica una enorme responsabilidad deontológica.

Yo creo que el profesor Aguilar Gavilán responde a este perfil del historiador moderno que he bosquejado, y que una de sus respuestas a ese compromiso es esta obra que hoy nos ofrece. Pero aún hay más. No basta con escribir la Historia, lo realmente valioso es saber "comunicarla", hacerla llegar comprensiblemente a los demás. Y en este sentido creo que ha sabido poner aquí en juego sus innegables dotes de "comunicador". Tucídides puso en boca del gran estadista ateniense Pericles la siguiente frase: "Haber adquirido conocimientos sin el talento de comunicarlos, es exactamente igual que no haber pensado nunca". Enrique no sólo ha buscado saber cada día más de esa historia cordobesa, sino que ha reflexionado sobre ella, y ha sabido trazar con mano maestra sus retazos para comprensión de profanos y ayuda de eruditos.

No es la primera vez que ha escrito sobre la Historia de Córdoba, pues varias aportaciones sobre la misma figuran ya en su larario bibliográfico. Así su tesis de licenciatura sobre la milicia urbana de Córdoba en el siglo XIX, publicada en las actas del III Coloquio de Historia de Andalucía de 1985, donde también apareció otro trabajo suyo sobre la crisis de 1834-35 en nuestra ciudad. O su tesis doctoral sobre "Vida política y procesos electorales en la Córdoba isabelina", publicada por la Obra Cultural de Cajasur en 1991, libro que incide con detenimiento en

muchas de las grandes cuestiones políticas que han ido jalonando la historia contemporánea española, estudiando sus repercusiones en la vida política cordobesa. A lo cual podríamos añadir sus trabajos de síntesis sobre la historia local de Córdoba incluídos tanto en la obra "Córdoba y su provincia" publicada por Ediciones Gever en 1986, como en la más reciente "Córdoba capital" editada bajo los auspicios de la Caja Provincial de Ahorros de Córdoba y el Diario "Córdoba", obras en las que tuve también la satisfacción de colaborar.

Sin ceder terreno en ningún momento a tentaciones de eruditismo, apasionamiento o retoricismo chauvinista, que es el riesgo en que incurren algunas historias locales, contribuyendo a proyectar un negativo perfil para este género de Historia, apoyándose en los documentos, el profesor Aguilar ha sabido insertar con maestría la Historia cordobesa en el panorama de los grandes fenómenos históricos, no perdiendo nunca de vista las grandes coordenadas de la Historia española y universal, aportando una visión integral y pluridimensional, en la que las creaciones artísticas, las manifestaciones religiosas o las celebraciones lúdicas, todo lo que da consistencia al alma de un pueblo, es tratado al mismo nivel que los grandes hechos políticos, las más decisivas cuestiones económicas o los factores administrativos.

Es ésta una lograda síntesis en la que la brevedad no se riñe con la medida. Córdoba tiene una densa historia, había mucho que decir, pero en los límites editoriales impuestos el autor ha sabido siempre expresar en cada período, en cada cuestión, lo esencial, lo realmente interesante, esos hitos decisivos que dan sabor a un trabajo que, como dirían los antiguos romanos, se presenta ante nuestros ojos como un escenario de *memorabilia*, de todas las cosas que merecen ser contadas y recordadas en breves pero densas páginas. Y todo ello con un lenguaje claro, ameno, sugerente, preciso.

Luego viene el segundo vértice del triángulo, la ciudad protagonista, ese ser colectivo, ese tejido de relaciones humanas que se van superponiendo y evolucionando dinámicamente a lo largo de una o varias culturas, mutuamente vinculadas pero al mismo tiempo diferentes. Para nosotros, que estamos en el último pero provisional momento de ese proceso, y lo observamos desde privilegiada atalaya, la ciudad se nos ofrece a lo largo de un movimiento histórico extenso sometida a diferentes ritmos, que han ido marcando sus apogeos y declives, siendo menos, pero más deslumbrantes, los florecimientos que los letargos, siendo más, pero a menudo menos considerados, los encadenamientos culturales que han ido enlazando una colectividad tras otra sobre un mismo suelo, por encima de convulsiones políticas, cambios económicos o revoluciones ideológicas. Y esas "pervivencias" suprageneracionales están muy presentes en los largos siglos de nuestra historia cordobesa. Y han dejado su huella material y cultural en la piel de una ciudad, que sigue ofreciendo una personalidad singular en un mundo donde tierras, hombres y ciudades se van uniformizando cada vez más.

Una ciudad como Córdoba, que nació como un "hecho de civilización", ha sobrevivido a civilizaciones muy diversas, que han tenido su alfa y su omega también en este lugar del mapa del mundo donde continuará su existencia probablemente mucho tiempo, le favorezcan o no los avatares de la Historia, salvo en el caso de que esta loca Humanidad se haya en tanto suicidado, para lo cual es

evidente que hoy cuenta con los medios necesarios. Una ciudad que, como en la biografía de cualquier ser humano, ha vibrado con sus “gozos” y sus “sombras”, con días fastos y nefastos que han ido marcando su cuerpo, lo que podríamos denominar su “fisonomía biográfica”.

Desde los momentos de auge, desde esos al menos “quince minutos gloriosos” que toda vida humana, hasta la más humilde, alberga, y que para una ciudad grande como Córdoba son “algunos siglos”. Aquí está la Córdoba que emula a las grandes ciudades de la Historia, la que fue Roma en Hispania y Bagdad en Al-Andalus; la que se convirtió en capital de la Bética romana y del emirato independiente de los Omeyyas; la que reconquistó Fernando III y recibió honras capitalinas de los Reyes Católicos. Aquí están igualmente sus personajes memorables: Claudio Marcelo el fundador; los Pompeyos, sus valedores frente a un Julio César que, pequeñas revanchas de la Historia, tiene hoy en Córdoba una calle más corta y menos céntrica e importante que aquéllos antagonistas a quienes humilló y derrotó en los campos de Munda; Séneca y Lucano sus primeras lumbreras intelectuales; Abderramán I, el iniciador de la mezquita; Abderramán III, el gran califa islamizador de Al-Andalus, de enorme talla como estadista, cuyo nombre va indisolublemente unido a la paradisíaca Medina Azahara; Al-Hakam II, el gran mecenas de la cultura andalusí, que hizo de Córdoba el olimpo cultural más importante de su época, a través del cual nos pudo llegar gran parte del legado del mundo clásico; Fernando III que la recuperó para los cristianos; o los Cruz Conde y Manolete, que éstos están ya más cerca de nosotros.

También está aquí la Córdoba de los días tristes, de las jornadas de luto, de los lamentos y las lágrimas: la destruida en aciaga fecha por el ejército vengativo de César; la que reprimió Al-Hakam para acabar con la revuelta del arrabal de Secunda; la que asistió a la persecución de los mozárabes cordobeses, que no todo fue siempre convivencia armoniosa de las “tres culturas”; la que se hundió en aquella anarquía donde quedaron sepultados eternamente los sueños del califato; la que vio su cuerpo yagado por las guerras civiles de época bajomedieval; la que se alzó en un grito desgarrador en aquel “motín del hambre” de 1652; la que fue saqueada sin piedad por las tropas de Napoleón; la que conoció las manifestaciones obreras de 1919, explosión de una ya crónica miseria social despreciada y desatendida.

Queda finalmente el último vértice del triángulo, la obra histórica en sí que hoy presentamos, la que ustedes deben juzgar por sí mismos y de cuyo contenido he ido avanzando algunos rasgos. A Córdoba la vemos nacer en el capítulo I, “Córdoba en el amanecer de los tiempos”, el alborar de la primera presencia humana estable en este “aquí” del poblado del Parque Cruz Conde, que ya desde casi tres milenios no ha dejado de ser Córdoba, y que en sus orígenes es ya un lugar abierto a estímulos culturales de todo el orbe. Es la Córdoba que se transforma de poblado en ciudad con nuestro “don Claudio”, que es Marcelo, que adquiere ya algunas de las funciones que mantendrá indelebles durante muchos siglos y serán elemento motriz de su grandeza. Ahí surgen los primeros cordobeses, y digo bien, porque *Corduba* es nombre indígena que conservará siempre. De inmediato pasamos al capítulo II, “Córdoba romana y visigoda”: la primera que protagoniza acontecimientos históricos que podemos conocer, la que ofrece en sus

monedas el primer testimonio escrito con su nombre imperecedero; aquélla donde conviven, como dice Estrabón, "indígenas y romanos selectos", lo que las fuentes no dicen de ninguna otra ciudad hispana; aquélla de la cual, durante la guerra entre César y Pompeyo, conocemos por primera vez un día de su vida cuya secuencia podemos seguir "periodísticamente", la conjura de los cordobeses contra el gobernador cesariano Casio Longino. La primera Córdoba importante de esplendoroso urbanismo, la capital de la Bética siempre loada por los antiguos, la que albergó la "primera intelectualidad" cordobesa, la que fue luminaria con Osio de la primitiva Iglesia.

El capítulo III nos despliega la "Apoteosis y esplendor de la Córdoba islámica". Los días de gloria del Califato, toda su secuencia histórica, los grandes protagonistas de una dinastía, la Omeya, esposada con Córdoba para siempre. Yo destacaré aquí dos cuadros vívidamente trazados, uno, el de la sociedad de aquel tiempo, sus preocupaciones, su efervescencia laboral en el zoco, el mosaico étnico de una ciudad seductora de gentes; otro, el de una ciudad floreciente de científicos y poetas, donde había más libros que en ninguna parte del mundo. Pero con la parte IV, "La Córdoba cristiana", empezamos a vislumbrar un declive ya iniciado en la etapa de los taifas. No obstante hay cuestiones importantes: la repoblación que experimenta la ciudad, una nueva savia humana, como la ya lejana colonización romana, como las aportaciones semitas, la judía y la musulmana. Se nos describe con detalle el giro social de una ciudad que se ruraliza y oligarquiza, adquiriendo así algunos de los rasgos fisonómicos que la van a personalizar por muchos siglos.

De la parte V, "Los tiempos modernos", destacaré especialmente la detallada exposición que se hace de la renovación urbana cordobesa en el siglo XVI, postrero esplendor sepultado luego por centurias de estancamiento y decadencia, en las que se acentuó la crisis demográfica de un cuerpo social azotado por la enfermedad, el hambre, la pobreza. Y también el cuadro vívido de una sociedad en plena esclerosis económica, postrada en sus miserias, cual noble harapiento y arruinado sólo alimentado por el sueño fútil de pasadas grandezas, pero eso sí, eterna e irracionalmente fiel a una monarquía decadente que vivía a espaldas de la realidad. Esa situación de postración no se remedia en la "Córdoba decimonónica" del capítulo VI, aunque según avanzamos por las páginas del libro vamos percibiendo paulatinamente la familiar contemporaneidad de una Córdoba cada vez más parecida en su perfil urbano a la que hoy habitamos y palpamos. Un siglo aquél, el XIX, agitado, que se abre con la invasión napoleónica, y se va poco a poco desgarrando con la fratricida dialéctica política entre liberales y absolutistas. Mientras tanto, su tensa y frustrada sociedad queda sumida en el dolor, la penuria y el aburrimiento, ahogada por la prepotencia de una oligarquía local reaccionaria y egoísta, escasamente comprometida con su prosperidad.

Y así nos va llegando "La Córdoba del siglo XX", en cuyos primeros decenios se prolongan los conflictos heredados de la anterior centuria. El autor pasa revista con ecuanimidad y desapasionamiento a toda la pléyade de políticos que hicieron de la ciudad escenario de sus contiendas, a los progresos de la modernización urbana, a los intentos de la ciudad, tan a menudo abortados, por tomar de una vez el tren del futuro. Aquí se nos van narrando acontecimientos de

gran trascendencia local, muchos de ellos vividos por los cordobeses de hoy, y el historiador deja casi de serlo por unos momentos para convertirse en periodista, en cronista de la realidad más actual. No falta nada, ni la nueva sociedad cordobesa, la renovada expansión urbana, las esperanzas de esta ciudad. Si les digo que aquí no faltan, junto a los años de transición y democracia, ni Manuel Benítez “el Cordobés”, ni el Córdoba C.F. en Primera División, ni la recién estrenada estación de Renfe, ni el nuevo solar de la ya inminente Feria de la Salud, ya les anuncio que van a encontrar la Córdoba más viva, esa Córdoba cuya más reciente historia todavía la tenemos vibrando en nuestras retinas y a cuya cualidad de Patrimonio de la Humanidad, último de sus muchos blasones, simbolizada en sus dos monumentos más emblemáticos, Mezquita y Medina Azahara, Enrique dedica las últimas páginas de un libro que se completa con una bien selecta bibliografía y unas bien escogidas ilustraciones.

La Historiografía española, estoy seguro, va a seguir progresando sin descanso para asumir profesionalmente la parte que le corresponde en ese reto perenne que quiero acabar definiendo con palabras ilustres, las de mi colega el profesor Alföldy: “Objetividad total o saber absoluto no existe en nuestra ciencia, como tampoco en las demás; pero el conocimiento objetivo del hecho histórico resulta posible al menos en un marco fragmentario y de forma aproximativa, y este conocimiento objetivo se caracteriza por un avance permanente”. Ese “marco fragmentario”, pero para todos nosotros enormemente significativo y lleno de evocaciones sentimentales, lo es ahora la historia de nuestra ciudad, esa que tienen ustedes trazada y sintetizada con maestría en las atractivas páginas de esta obra, que he tenido el gusto de presentarles hoy en esta tarde primaveral. Muchas gracias.

En este momento extraordinariamente emotivo e importante en mi trayectoria como escritor y como miembro de la comunidad universitaria. Una satisfacción y un orgullo, sin duda, incrementados después de los desmedidos elogios efectuados en la presentación de mi *Historia de Córdoba* por el profesor Rodríguez Neila. Sus palabras, pueden ustedes estar seguros, son fruto más de la gran amistad que nos une desde hace ya más de veinte años que de sus méritos personales; quiero pues renovar mi agradecimiento, mi reconocimiento y dejar, también, constancia de que él fue pieza importante en la gestación del libro que aquí presentamos, puesto que él se puso en contacto con el proyecto de D. Elio José Domínguez y con su empresa, Ediciones Sílex, para hacerlo posible.

Dicho esto, quisiera manifestar ante ustedes la emoción que, igualmente, siento por el lugar que hoy alberga la puerta de largo de mi *Historia de Córdoba* la Real Academia de Córdoba, una institución que en sus casi dos siglos de existencia ha constituido todo un paradigma en la historia de la cultura cordobesa, a veces como única luz alumbrando un desierto en donde se enseñoreaba la estupidez y la incultura más absoluta. Sirvan pues estas palabras como público reconocimiento a una trayectoria continuada y a unos méritos que nadie puede poner en tela de juicio.

— Pero también me gustaría justificar ante los presentes el porqué, desde el momento que comencé a escribir este libro, tuve la intención de volutar a la Junta Rectoral de esta Docta Casa que su presentación se llevara a efecto en su Sede.